# El Alquimista Von Hoenheim

Nolram

# Capítulo 1

***Von Hoenheim***

Reinstaló cuidadosamente el velador de cobre abollado sobre el macizo banquito de madera, tras esa primera vez que lo encendió y cayeron en conjunto y de debajo algunos libros de tapa delgada, sobre la última baldosa a la que la tierra no devoró, con su gula inmarchitable por sumergirlo todo bajo su lodosa conformación cada que llueve y el agua del arroyo sube. Da vueltas en su lado de la cama su esposa, aquel largo pelo negro con puntas celestes se agazapaba internamente en las cavernas de algodón.

Bataglia Von Hoenheim retomaría su toalla, deslizada sobre sus peludas piernas y casi revelando su sexo matoso. Ahora tapando la indecencia, nata del nacer para reproducirse y, tal vez, complacer, podía confiar en bañarse. Tomó el potecito de yogur sin etiqueta con jabón, olla de aluminio sobre la palma y una navaja de mano dentro, acompañaban un trío de frasquitos aún con etiqueta y sello de seguridad. Viene desde la habitación minúscula saludos continuos de sus seis hijos, todos rubios de ojos claros, cuatro nenas y dos nenes, parados en fila, sentándose sin mirar a muchas cosas, sobre los taburetes plásticos que rodean a la mesa de poliéster y varas de aluminio fino, intercalado de temblequeos en anorexia diaria, inflados con agua marrón y pan con polenta semicruda. Salió por la escaloneta que da al patio, empujando con su pecho una puerta invisible.

A través de todo su cuerpo pasaba un poco de jabón blanco rallado, remojado desde ayer, con sapiencia táctil percibía la presencia de los milígramos de jabón, ajustados para cada extremidad, dedica interés especial en su pelo corto y rubio, se notan las zancadas mecánicas de un peluquero, parece un green de golf, la tapa de la sesera se vuelve larga y aterciopelada, brillando ante los finos y azulados rayos solares que pasan entre las hojas del eucaliptus. Enjuaga su piel usando la hoya, al costado del arroyo, combinandose con balidos lejanos, gritos de niños que sufren de frío en el lago y las nubes de moscas y mosquitos, alrededor de los pantanos naturales a la rivera del arroyo.

Saluda a sus vecinos, salen con toallas en sus brazos y los niños se desparraman alrededor del pequeño caudal, quienes no temen de su desnudez, vergüenza no se dan, porque se ponen tras unos matorros y unos troncos, dándose certezas de privacidad. Entonces ahora sí, tiene vergüenza, se pone tras el eucaliptus a rebanar su pubis salvajus.

Tallada sobre la madera de la herramienta hay una fecha exacta, “22/6/2014”, a sus manos fue entregada esta herramienta ancestral, forjada en las lejanas tierras de Taiwán y ensamblada, seguramente, por

escuetas manos infantiles. Fue ese el último regalo navideño de su abuelo, cuando se volvió hombre al fin. Fecha en su mango un hecho fatídico, recuerda perfectamente ese instante donde su madre, en la madrugada, tiró la puerta frente a su cara, misma madera que rebotó contra el marco de la pared sin repellar, lanzando sus cosas y gritándole tal vez para algunos vecinos curiosos que no iba a mantener a un perro y una perra preñada. Y como los perros, ahora tiene una camada de seis cachorritos.

El arbusto quedó presentable, no así sus dos piernas, pero esos no importan. Al menos, no iban a rebotarlo por desprolijo si se da la ocasión de jugar en esas ligas, ya tiene bien mezclado el mazo, no pasará lo mismo, los del orto no los pudo cortar, porque no tiene espejito. Arrancó con apuro el sello de seguridad y destapó el envase, presionó el fuelle para que salga la crema de afeitar, enjuagó la navaja, vio flotar una película de vello sobre agua metalizada. Abrió el otro envase de la misma forma, pasó gel por sobre su pelo acicalado, evadiendo las desaliñadas puntas y remolinos de queratina asalvajada.

Salió de la suite con vistas a los eucaliptus, corrió hasta la heladera y se puso limón bajo los brazos antes que salga olor a cebolla, los niños se reían por esas costumbres raras de papá, volviéndose a ensuciar sus pies pisando al barrial que todo lo come entre las baldosas, ya casi ni existen.

Entró contento, porque se miró en el espejo clavado en el árbol, y ahora sí parece un babyface, un pibe con carita de ángel. Se levantó su amada Jessica, besó su mejilla y apreció que ya no raspase, pero arrancaba la mañana otra vez apurada, como si la vida se escapase de entre sus ojos de tolondra, puso la pava sobre la garrafa de gas y también abrió un nuevo envase de galletas de agua, sirvió a cada nene cuatro galletas con queso crema encima, cuando hirvió el agua, sirvió unos mates, cebaron uno cada uno y volvieron a lo suyo.

-¿A dónde vas hoy, Jessi?

-Baradero, con esa amiga que te dije la otra vez.

Rezonga un insulto al aire desde su esclerótica, esas historias de las amigas se han atribuido históricamente a tantas mujeres, conocidas por sus buenas intenciones y mala reputación. Vuelve bañada, olorosa a perfume, pero sigue tras de su ropa y su buena mirada de mujer sacrificada, aquel vaho ácido de gónadas predispuestas. Podría partirse los dedos solo con su propia fuerza, se corta las uñas para no clavárselas sobre la palma como ese día donde se dio cuenta, la puteó y le lloró, preguntándose qué había él hecho mal, es que, la ira contenida de escuchar, dentro de sus sienes, rebotando como eco de lado a lado los quejidos de su mujer, mientras un búfalo sudoroso gimotea hasta llenarla de otra leche que no es suya, le chisporrotea la amígdala bajando esa electricidad hasta su garganta, queriendo gritar no hagas más esa mierda,

yo te mantengo. Pero se frena, porque sabe que, si hoy no vuelve con buenas nuevas, deberá de seguírselo guardando, y su única medicación para el estrés, será aspirar los humos verdes del furgón del ferrocarril.

Benjamín su cuarto hijo, está generado una panza hinchada, parece un liquid paper, le comenta de una compañerita, que le gusta mucho. Son amigos y ella le confió un secreto, pensando que sería una niñería dio permiso a que lo contase, pero no quería que sus hermanos escuchasen, así que se lo dijo al oído cual si estuviese rompiendo una promesa. A su amorcito, estaba haciéndole cosas raras un señor panadero mientras su hermanito espera fuera, y lloró la pobre, secándose con la manga del guardapolvo frente a todo el recreo, pensó para sí "Vaya manera hija de puta de levantarse a buscar laburo", preguntó inocentemente, con sus ojitos verdes, iluminados de esperanza inocente si podían ayudarla, si eso no nos mete en más quilombos, claro que sí, descartando socorrerla con suma clase.

Dijo a los nenes que cierren los ojos, jugando con ellos como se los había prometido, según ellos, las mañanas con papá son aburridas. Entonces, cuando menos se lo esperen, papá hará magia y deberán cegarse para que efectúen los hechizos. Sacó la caja de leche en polvo, vacío, lo puso sobre la mesada de cemento, tomo un cuchillo y cortó más en el agujero. Aun agrandándolo, la harina seguía volcándose fuera del envase, y como un cirquero profesional, hizo volar una ollita hasta sus manos de un solo golpe en el mango desde la alacena, llenó de agua hasta el tope, por algún motivo salía clara, acompañada de un fuerte sabor a cloro, la pucha pensó, se van a dar cuenta. Pero no se distrajo, la paciencia de los nenes se va a partir pronto.

Puso la harina en la alacena, sin mango, sin bisagra, sin puerta, solo dos tablas pegadas a la pared, bajó el detergente, lo puso en su mano y enfriando en una cucharita el agua harinosa tibia y pasándola por sus dedos, hizo burbujas blancas, que densamente se movían a través del aire hasta caer, como esperando miradas atentas para caer al suelo al fin, culminando su esfuerzo final. Les dijo que abran los ojos.

-Ahora, adivinen que hechizo hice.

Los nenes apuntaron al grifo en simultaneo, papá, papá ¡El agua sale clara como en las botellas! Si sí, claro, es eso, esa fue mi magia, puso a hervir y gritó que le avisen, porque si no, subirá rápidamente volcándose por debajo de la tapa. Corrió hasta su cuarto, sacó de la gaveta su corbata negra, Jessica también se estaba arreglando, paró un momento para plancharle la prenda y trató de anudársela, pero no sabía hacerlo él no se desesperó, sabía cómo anudárselo, un empleador se lo enseñó mientras reprochaba su incompetencia, nunca más ha vuelto a verle, por algo será. El nudo bajo su cuello acompañaba al que tenía en su garganta, apabullado escatimaba en lágrimas, sopesaba si contarles a los nenes si

sabían porque la leche no sabía igual que antes.

Guardado en el fondo del minúsculo armario matrimonial, por primera vez, se sentía con la percha para usarlo, de su abuelo también fue regalado este traje. Antes, sentíase como un monigote encaramado en telas raras, esos detalles te delatan ante las ímprobas subjetividades de los empleadores, ahora, afeitado y engominado, está recio ante el fracaso, usó unas gotas de colonia para llegar presentable y sacar lustre.

Dejó a los chicos en la escuela, parecían pingüinitos con sus guardapolvos, eran felices de ir todos junto como una gran banda que controlaba la zona con su presencia, Benjamín se sacó el guardapolvos y plegó la capucha de su buzo en su cabeza, parecía un niño desamparado al tiempo que su profesora le obligaba a ponerse su guardapolvos, tirado por el piso. Las madres y abuelas le miraban con cara de disgusto, aunque, que sea rubio y buen mozo les hacía disimularlo muy bien, aprovecha su atractivo con una ama de casa entre esas lejanas admiradoras, llamada Graciela, quien se ocupa de cuidar a los chicos en el comedor donde trabaja, está seguro que seguramente sea para tratar de levantárselo, pero le va a costar lo que no está escrito moverle un pelo.

Corrió hasta la parada de colectivos, sosteniendo su corbata para que no se desaliñe mientras vuela a través del aire, preparándose para las tremebundas dos horas que prosiguen, subió y parado sintió ir en un escalafón a motor, todos van como él, cabizbajos, con el celular o mirando al suelo, pocos mantienen firme el cuello. Pero quiere marcar la diferencia y rectilíneo viajó hasta bajarse.

Se bajó a esperar para combinar con otro colectivo, acaba de salir de una villa de emergencia, o barrio carenciado, ahora así es como les dicen para eufemizar miseria, villa miseria le quedaba bien. Pero es más fácil decirles así, si fuera un barrio de provincia son unos gronchos infames sin futuro, en ciudad, son unos gronchos infames, pero carenciados. En la primera entrevista de trabajo fue el primero en llegar, se sentó y cuando lo llamaron, tan frío y despectivo, sintió desde el principio que también tendría el honor de comprobar si la nueva puerta, plegable también funcionaba para salir ¿Qué habrán visto desde que avistaron su figura, algo que él no pudo?

En la empresa de enfrente también tomaban personal, todo estaba grabado en su mente, recubierta de áureos hilos. Desde la recepción de la biblioteca mandaba los currículos, de buena onda tenía permiso, desde su única computadora, con tecnología vencida hace una década, tal vez por lástima, tal vez porque en un futuro podrían ser ellos. Planificó las rutas a recorrer, aprendiendo de otras veces donde se perdió dentro de la gran ciudad. Aquí no llegó primero, fue el antepenúltimo, envidió al resto, iban mejor acicalados, perfumados y arreglados, con trajes de mejor calidad, llevaban carpetas llenas de hojas, casi le gustaría escupir encima de su

folio arrugado. Cuando salió el primero, quien iba incluso con un traje hecho a medida, una carpeta roja repleta de papeles y una colonia con matices a leña, empezó a sudar. Quien estaba al lado suyo parecía usar una máquina de coser invisible, tejiéndose quizás, un traje nuevo. Justo este le devuelve la mirada con complicidad, como quien sabe que de esta no sale ninguno, y se sintió mal por verle así, porque era morenito y de facciones indígenas, incluso bromeó para sí, le quedaría bien una gorrita y un limpiaparabrisas pero, se sentía tan tarado por burlarse de un igual, que con empatía palmeó su espalda.

Haciéndose notar distraído, vio que tremenda carpeta traía este hombre de entradas bien socavadas, no intimidaba el número de hojas, si no, que era de plástico translucido y se leía su primera hoja. Alfredo Medina, cuarenta y dos años, veinte de experiencia, licenciado y PhD en ingeniería civil, este muchacho vino sobre cualificado, llevaba escrita en páginas blancas una escopeta, más bien un cañón, para cazarse unos carpinchos, también tenía un traje hecha a medida y una colonia con notas a menta, era por la temporada de invierno, frío y refrescante. Si este no pasa, nos jodimos todos entonces, instantáneamente, se puso contento por el compadre aun si eso lo deja con el rabo entre las patas por segunda vez en el día. Llaman a Alfredo y este entra, escucha antes de cerrarse esa finura de madera con pomo, como compadrea a quienes le esperaban sentados desde dentro.

Famélicamente se sentaba, nervioso de emoción y miedo, queriendo que salga de allí apretando las manos de sus nuevos compañeros de trabajo, con su sonrisa amarilla, y por otro lado, quería verlo cabizbajo, cediéndole a él su oportunidad de volver contento por una vez en su vida, succionaba sus mejillas, chupadas por el corrosivo paso del hambre. Quisiera haber tenido ajo para hipotensarse, igualmente lo hubiera rechazado, evitándose, con conocimiento de causas perdidas, mal olor en la boca. No lo podía creer, salía aquel compadre por la puerta de la oficina cercadora de ilusiones. Salía puteando, zapateando las baldosas, pero, en vez de salir, se sentó otra vez.

-‘Cuchame una cosa, estos come pingo no te tienen que engrupir, no te deje’ avasallar por … mamotretos hijo de la re mil putas. Vo’, que sos rubiecito, tenés todas la de ganar.

-Pero si a vos te rechazaron, que mierda me queda a mí negro. Si sos un groso, yo estoy regaladísimo.

-Vo’, solo mandales un pilazo, sonreíles, dales las manitos de nena que tenés, no te me pongas cagón. Me mandaron al carajo porque dicen que no tengo buena presencia, ellos quieren un rubiecito, y vo' me caes bien, así que mándalos a caga’, de parte mía, con clase.

Se fue gritando palabras que nadie entendió, los guardas que lo tiraron sobre la vereda tampoco, e internamente, todos los restantes las sintieron hondamente, reinó el silencio entre aquellas paredes grises del hall.

Fue llamado Bataglia Von Hoenheim. Confió en los consejos del compadre, esa frustración no debía ser actuada, todo se sigue dando a su favor, esta será, está seguro.

Les tendió la mano a los dos a través de la mesa. Las preguntas de siempre a cuales ya sabe responder, nombre, experiencia laboral, te van midiendo lentamente en tus costumbres, como hables o que digas, serán el empujón o el manotazo que te salve de ahogarte. Pasó la primera fase, es mucho decir, su vocablo se elevó exponencialmente, ya tenía algo de razón la bibliotecaria sobre leer un poco, con pelotudeces de bucaneros y magos ha desarrollado un dialecto refinado, como el de las series y películas. Empezaron a tutearle, con tranquilidad, tomándole confianza. Se sentía diferente, esta vez si los tenía en sus manos, llevaba él cada conversación, un movimiento de pelota a través del campo dependía si le daba con su empeine o no, con picardía y sapiencia, fue llevando temas de conversación meramente laborales a planos de comodidad, dándose la comodidad de tutearles, errándole a las palabras del lenguaje de supuesto origen marginal.

-Quisiéramos certificar un asunto, se han traspapelado algunos documentos y quisiéramos asegurarnos de los datos primordiales. La dirección que usted puso, es de una zona peligrosa ¿Correcto?

Ya está, están contra las cuerdas, hay que darles el jab final y finalizar el pay-per-view. Ha sido difícil, tantas veces se ha visto en la circunstancia contraria, de aguantar hasta finalizar el round y perder por puntos, hace tanto se olvidó que es ganar, se escucha tan lejano esas peleas en la secundaria, ganándose el respeto de todo el barrio a puño y llavero. Ahora, los de arriba van a tener a un negro, de los que tanto odian, compartiendo café y asiento con ellos.

-¿Zona peligrosa? Creo que usted se ha equivocado, dudo que así sea, debe ser un error como dijo anteriormente.

-Ya nos parecía, por como se ve, digo, no es por discriminar a esa gente, pero…

-¿Pero…?

-Me entiende, usted no se ve como ellos. Debió ser un error, habla tan bien, tampoco veo que se les parezca a los de esa... calaña - Dijo la empleadora, acompañada de las risas del muchacho de al lado suya-.

-Que venga de una villa no me hace un negro de mierda, como ustedes deben de creer.

No, no, no podía ser, un leve atisbo de sinceridad, de dignidad tal vez apareció, tumbando todo al fango. Estaba ahí, a poquito, finalizaba el round, quería arrancarse los pelos a puños, condensó su ira en su ceño fruncido. Gastó en un peluquero, compró gel, colonia, se afeitó, con corbata y traje como partes de su cuero, tantos sacrificios. Y… otra vez pusieron esas miradas, que nostalgia le dio verlas de nuevo, mismas que le habrán puesto al compadre, activaron todas las alarmas a la vanguardia y plegaron las banderas rojas.

-Bataglia Von Hoenheim, esos son dos apellidos… ¿Cuál es su nombre?- Dijo la entrevistadora, guardando su celular, de piernas cruzadas, tenía una gran papada y brazos anchos, como colgajo-

Sintió acosado a todo su ser, imaginaba como olfateaban sus prendas con matices a repasador, a trapo sucio, o si no el ácido del limón que reemplaza pobremente al desodorante, habrán notado que fue su primera vez asistiendo con un peluquero profesional a hacerse un corte a la moda, sudó por sus sienes, pensando en el ultraje que estarían haciendo a su traje barato, colonia, zapatos de vestir embetunados con barato negro azabache, que le faltan talles y sus aplastados pies andan como si pisase huevos, de tantos detalles que ahora está recordando, delatores de su realidad indisimulable, debió ser todo lo que no supo ver, por lo que tantas veces le han rechazado. Esta entrevista fue la primera vez donde su apodo escolar del alemancito, supo valerse como tal.

Ella se acomodó los lentes cuando preguntó eso, esa pregunta nunca se le hubiese ocurrido si no tuviesen predisposición a buscarle la quinta pata al gato. Seguramente con ese telefonito buscó su nombre completo, escarbaría en alguna noticia de robo o tráfico de drogas, prejuiciandole desde el principio. Al lado de aquella mujer mórbida estaba un muchacho uniformado, pese a la tintura de pelo que poseía la empleadora, en ambos sus raíces de pelo son castañas, tendrá su edad o menos ¿Qué hizo él para ganarse ese lugar? Se habrá esforzado muchísimo, es una obviedad.

-Brayan.

Casi que se ríen, mirándole con desdén, escarnio y falsa misericordia. Acongojado, quiso proseguir la entrevista abarcando su experiencia laboral en la fundidora, como repartidor, verdulero y ayudante de albañil, o que si quiera terminó la secundaria. Pero, con frialdad administrativa, hacían oídos sordos, dejaban pasar esos cinco minutos restantes, y así también, sus esperanzas. No tendió su mano, girándose dándole las espaldas atiborrado de furia, tomó su folio y antes de salir atendió al

llamado que le hicieron con las manos, como si fuese un limpiaparabrisas.

-Cualquier cosa te llamamos.

-Gracias, te podes ir bien a la re concha de tu madre, gorda hija de re mil puta.

Dio un fuerte portazo, arrancando el pomo de su lugar, también vino consigo el aserrín apelmazado de aquella puerta fina como un papel, a través del nuevo agujero se escucha desde dentro un llamado de ira a la seguridad privada de la empresa, aquella figura amorfa con el rostro rojo como un tomate y ufanado de la risa aquel muchacho, escuchó el mejor chiste de la galaxia. Salió caminando sin pensar mucho, arrastrado por los guardas a mitad de su paso, sintió desahogo en su corazón. Chocó la nuca contra el asfalto, desgarrándose el traje del abuelo, no era un traje a medida, claramente, zapatearon un poco encima suyo por partir la puerta y le escupieron en la retirada, también se embadurnó con un charco de agua, que crecía con  el agua decantada de un aire acondicionado. Levantó su folio, lo tomó por debajo del brazo y se fue sin bullicio.

Siguió intentando ganarse algún puestito en otras empresas, siendo desatendido por mala presencia, bajando escalafones hasta negocios, rindiéndose en los almacenes entre bolsas de arroz y botellas de vino, pensaban que le habían robado, porque los rubiecitos no pueden hacerle un daño a nadie. Ya sin ganas por proseguir, claudicó de intentarlo, mejor se quedó en un local de comida china, gastándose la platita para el almuerzo en un arroz primavera y una ensalada de tomate fiado, probablemente vencido.

Se quedó en la plaza repensando y repensando, sobre los números que seguían estando en rojo, arrepintiéndose de cosas pasadas y posibles futuros arruinados debido a su poca hombría, de no asumir los gastos de la casa, no ser un buen padre, un pésimo marido. Es su fracaso, porque no ha logrado nada a sus veinticinco años, diferente de los emprendedores y su cultura del emprededurismo, siempre tienen éxito, ellos ganan mucha plata y confían todos en sus buenas presencias ¿Por qué no puede él? Como aquel muchacho, sentado con traje y corbata, decidiendo quien es contratado y quien no, de facciones similares a esa gorda fétida. Si se ha esforzado como mula sin pezuñas en esta cuesta arriba, seguramente, sea porque no se esforzó lo suficiente, aquel peli castaño por el contrario, habrá hecho más esfuerzos que él para llegar hasta ahí, así funciona el sistema ¿No?

Tendría que haberse acostado con ella pensó, igual, y si el marido no la toca tendré alguna posibilidad. Se había depilado precisamente para alguna ocasión, que más podía perder, así se lo había pedido semanas antes, bajándose la cremallera, el viejo gerente de ese banco y por terco

no aceptó, habrán sido sus palabras violentas y disuasorias, como dijo su nombre o por decirle rubiecito lindo, alguna habrá sido la que forzó su retirada en esa ocasión. Ahora se regocija de él, porque fue denunciado por abusar de una empleada, salió en las noticias, y quedó como un imbécil, dado que la prostituta con quien se acostaba, salió reclamando pagos nunca cumplidos media borracha en un programa de amarillismo puro.

Que es la dignidad, algo menos que el hambre es. Ella tan limpia, ordenada y alabada, pero todo limpio es lindo menos el bolsillo, y cuando llegue a casa, con los ojos caídos, sus hijos van a rezongar, hacer el protocolo de entender a papá y seguir aguantando el hambre, mientras espera a su esposa, no desea imaginar quien será el que esté empañando con sus gimoteos lerdos las ventanillas de algún auto, y la Jessi, convulsionando de asco y dolor, haciendo lo que sea para darles de comer a él y a los seis hijos que comparten, pero no disfrutan nunca. Va lentamente haciéndose la tarde, relajándose el amarillo del sol, comienza esta vez el azul a gobernar el cielo con hambre voraz, los pinos y los eucaliptus se erigen desigualmente con los edificios de picos altos.

Camina otra vez hasta el colectivo, pero, como no tiene más crédito en su tarjeta para un viaje más, cambia su rumbo, como no hay guardas decide colarse por encima de los molinos en la boca del subte.

Cuando entra ve a una figura estrambótica sentada, como no tiene tetas asume que es hombre, todo vuelto percha, se ve como una desdibujada versión de sí mismo supone, llorando y con una pierna ensangrentada, por un momento se empatiza queriéndole ayudar, debe tener más o menos su misma edad, seguramente será otro paria al que el destino se empeñó en deshacer, pero mejor no meterse en quilombo ajeno, así que retoma su camino lejos de él. Se aleja, se sienta lo más lejos posible donde todavía no siente que se desaparece su presencia y comienza a llorar, no sabe por qué, solo lo hizo, quizás para acompañar al compadre en su dolor, o comadre, no se sabe bien que es, pero que sufre como él pese a ser un traba lo hace, por eso lo considera un compadre, o comadre.

Llega a su parada, viendo desvanecerse detrás de aquellas puertas corredizas a esa figura andrógina, de maquillaje blanco con verde con quien comparte un intenso dolor, espera que al menos, el compadre o comadre, sepa porqué sufre. Ahora, se perfila para subirse a un colectivo que le devuelve para su hogar, dulce hogar, acompañándose con las farolas blanquecinas de la noche. Para uno, abarrotado de gente, el conductor ve subir al esperpento de la noche y mejor no le cobra, quien sabe que le habrá o que podría hacer este mamarracho, lo asimilan los pasajeros de la misma forma, pero solo le ignoran.

Ya adivina instintivamente el parpadeo de las luces de aquellos faroles que a lo lejos van marcando su retorno, los mismos que alumbraron con sus

pálidos reflejos incontables horas de dolor, y no quiere este regreso, el mismo de siempre, arrollado brutalmente por la fiereza del futuro siempre incierto, aprovechado por algunos para obligarte a formalizar papeles, convencerles mejor que otros de usarte como mejor les convenga, a un precio módico.

Dejará el traje en su recoveco dentro del armario y para mañana, deberá ponerse ropa cómoda para laburar en la verdulería, aunque esté por quebrar y tenga que buscar alguna otra changa, volver a dejar currículos a donde sea y retomar el ciclo. Lo piensa bajo el indiferente mirar de Venus sobre la luna, porque estrellas no ve, siente como los transeúntes, los policías, los bribones como él, turbios y claudicados son sus pasos, quienes retornan a la costumbre de estar entre la espalda y el precipicio, le ven volver. Con la frente marchita, símil con los árboles y los faroles, es esquivado igualmente por los ciclistas y los peatones, es otro aditivo del paisaje.

Pensó en el compadre, que será ahora de su vida, tantos estudios y preparación, aspirando a un cargo que le queda minúsculo, espera que le esté yendo bien, sabiendo que nunca más lo verá. Que será del otro... lo que sea, estará solucionando sus dilemas, o como él, cada día se sumergirá sus pies en ellos hasta quedar con la mierda hasta el cuello, pide al de arriba que por favor los esté solucionando y que a ambos, tanto al salteño como al traba les esté yendo bien, en voz baja también pide algo para él, pero poquito para no abusar.

Veinticinco años son nada, solo un resoplido fresco de vida le dicen siempre sus conocidos, pero ¿Puede escatimar otros veinticinco minutos fuera de casa, sin darles de comer a los chicos? Quizás son pendejerías, solo necesita seguirse esforzando cada día más, analizar el mercado, estudiar una carrera que tenga buena salida laboral, conseguir un buen puesto en una multinacional, mudarse de barrio y que sus hijos estudien en las mejores escuelas privadas.

Entonces recapacita de sus ensimismados maquiavelismos, muchas paradas delante de la suya, se baja y espera al siguiente colectivo que devuelva sus pasos hacia rumbos conocidos. Acomoda su corbata, desatándose sin querer un nudo en la garganta que frenaba sus lágrimas, diferente a esas que dejó caer para acompañar al compadre o comadre en su dolor, estas a diferencia de esas lágrimas, están cargadas de ira con frustraciones añejadas a cada latido. Porque los nenes no conocen ni conocerán lo que es un baño, un agua clara, un papá exitoso, una mamá presente o una familia de verdad. Tal vez lo único importante que van a recibir de él, será sus cabellos rubios, ojos claros y dos apellidos europeos de sus bisabuelos, a quienes nunca han conocido.

Irán con ganas de comerse el mundo, como quiso en algún momento hacerlo su persona, viendo sus virtudes rezagadas a minúsculas letras y

fotos de carnet, en ese mismo y fatídico instante donde confiesen el pecado profundo que envuelve a sus orígenes.